

comentarios bibliográficos

Francisco Zapata

El conflicto sindical en América Latina

(México: Ediciones El Colegio de México, 1986).



Este importante libro es resultado del estudio de series temporales de huelgas en Argentina, México, Chile, Venezuela y Perú, en relación con variables relativas a la situación política, la evolución de los salarios, la distribución sectorial de la PEA y la sindicalización. En este sentido, se ubica en una tendencia cada vez más predominante entre los estudiosos chilenos del sindicalismo: el abandono del sesgo ensayístico e historicista por un énfasis mayor en la investigación empírica. En el caso de Zapata, esto revela un camino adecuado para plan-

tearse con profundidad y agudeza el lugar del conflicto en la estructuración del sindicalismo en América Latina y, más en general, su papel en tanto modo de intervención de los trabajadores en la sociedad y la política de nuestros países.

La perspectiva de Zapata es la de las mejores tradiciones de la sociología: explicar lo social por lo social. Es allí donde los intentos por entender el conflicto y la huelga como un simple reflejo de factores exógenos (económicos o políticos) que impactan en los medios laborales, aparece con toda su limitación. La opción del autor es otra: poner en el centro la dinámica propia del movimiento obrero y sólo en ese momento incorporar otras variables. Así queda de manifiesto toda la complejidad de un fenómeno que se niega a ser reducido a una comprensión parcial o unidimensional.

El análisis empírico muestra la diversidad de los casos nacionales, y cómo cada "variable independiente" cambia de acuerdo a los otros factores en juego. Así, por ejemplo, el aumento de la sindicalización es sinónimo de menor conflictividad en aquellos países donde un marco político populista encuadra y estimula la actividad sindical (México, Argentina, Venezuela). En Chile y Perú, en cambio, donde no se produce esa forma de encuadramiento, el crecimiento de la sindicalización va acompañado de un aumento del número de

huelgas. El trabajo incluye un análisis pormenorizado de cada país, lo que permite apreciar con más detalle la sofisticada malla de interrelaciones que dan cuenta de cada situación.

Con todo, Zapata se anima a sacar algunas conclusiones generales. Entre ellas, una muy inquietante es la que se refiere a la relación inversa entre grado de conflictividad (que puede ser visto como un indicador de autonomía) y beneficios económicos obtenidos por los trabajadores. A pesar de que la huelga se desarrolla con cierta independencia de las coyunturas políticas, determinados tipos de relaciones entre sindicalismo y Estado hacen posible compensaciones económicas para los asalariados a cambio de su movilización. Aun en esos casos, el conflicto continúa siendo una herramienta que puede ser usada por el sindicalismo para mejorar su posición en la estructura política.

Cabe hacer notar que el estudio está centrado principalmente en el período de sustitución de importaciones, por lo que las referencias a situaciones más recientes son más bien marginales. Eso abre un conjunto de interrogantes sobre el recurso al conflicto en el marco más actual, de evolución democrática de varios de nuestros países, en condiciones de seria restricción económica.

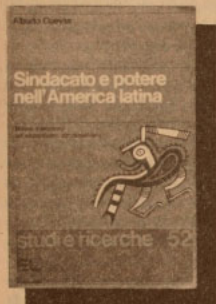
En todo caso, parece quedar suficientemente demostrado que la huelga

no es sólo el producto de algunas situaciones, sino que también contribuye a definir las. En tanto eso sea así, habrá que prestar atención a la voluntad de cambio de los trabajadores y a su afirmación de identidad. Vale decir, a los factores sociales (e incluso culturales) que impulsan a los asalariados a la acción.

Mario Alburquerque

Alberto Cuevas
Sindacato e potere nell'America Latina

(Roma: Edizioni Lavoro, 1985).



El autor de este libro es un sociólogo chileno que ha vivido largamente en contacto con el sindicalismo italiano. Esta doble condición marca la mirada que A. Cuevas hace del movimiento sindical latinoamericano. Por una parte, se introduce en el debate un tipo de reflexión donde la experiencia intelectual, política y sindical del país europeo está sin duda presente. Por otra, la tragedia de Chile (que lo es también de la izquierda y del sindicalismo) parece ser la motivación central de una búsqueda

de explicaciones posibles de lo ocurrido y de guías para la acción futura. Sin perjuicio de su valor más universal, este libro se hace más necesario para nosotros: los chilenos interesados en el desarrollo del movimiento obrero en un contexto democrático.

El señalar estos aspectos "subjetivos" no implica que el análisis de Cuevas falte de rigor, peque de superficialidad o se deje llevar por modelos ajenos a nuestra realidad. Al contrario, éste es probablemente uno de los textos más completos, informados y serios que están disponibles sobre el tema. De hecho, la bibliografía, las tablas estadísticas, la información sistemática sobre las organizaciones existentes en cada país y su afiliación internacional, son de gran valor. Mención especial en esta línea merece la cronología comentada que se incluye en la sexta parte, verdadero breviario histórico del sindicalismo latinoamericano.

Sin embargo, no es éste un libro de sociología positiva, pues se encuentra dominado por la idea de que "la presencia de un movimiento sindical fuerte, autónomo, unitario ... empeñado en el desarrollo económico y social, es seguramente un baluarte para la democracia y para un sistema político que se desarrolle en la tolerancia y el respeto de los derechos humanos. [Su] ausencia debilita el sistema democrático y deja al Estado a merced de las formas autoritarias."

La extrema politización de los sindicatos, como la elevada conflictividad que el autor observa en la realidad latinoamericana, son sólo la manifestación más evidente de la debilidad del sindicalismo en relación a lo que éste debiera ser para jugar el rol al que está llamado. En la relación de los sindicatos con el Estado y los partidos; en la debilidad económica de nuestros países y la extrema heterogeneidad del mercado labo-

ral; en las insuficiencias de los sistemas de relaciones industriales y el derecho del trabajo; en las matrices culturales e ideológicas de las organizaciones trabajadoras; en las concepciones paternalistas y retrasadas del empresariado; etc., A. Cuevas encuentra los principales condicionamientos de una debilidad que puede ser entendida finalmente como falta de autonomía.

Es justamente el análisis multilateral de las variables que dificultan grados mayores de autonomía en el sindicalismo latinoamericano, lo que impide que el libro pueda ser leído como un alegato en favor de las nuevas tendencias autonomistas que se han desarrollado en algunos de nuestros países (en especial Brasil). Las explícitas simpatías que el autor tiene por ellas aparecen justificadas especialmente en el análisis del caso chileno, donde la dependencia de la CUT frente al gobierno y los partidos de la Unidad Popular aparecen hoy como uno de los factores más decisivos de su escaso papel en esa coyuntura. En esto el autor no se diferencia mucho de lo que puede plantear alguien como Manuel Bustos, que en una reciente entrevista (*Krítica* 28, mayo-junio 1988) señalaba: "Yo creo que es efectivo que el año 73 ... existía una crisis en la política y en el campo social. Y no estuvo ajena a esa crisis la CUT. No hay duda de que haber aceptado en las elecciones de la CUT la postulación de corrientes de partidos políticos fue un grave error.... [Así] ustedes vieron que la CUT, el día 11 de septiembre, no tuvo ninguna capacidad de movilización, porque estábamos dispersos y divididos. No existía un movimiento sindical comprometido con el gobierno de turno."

La preocupación por el desarrollo de una capacidad independiente de discernimiento y toma de decisiones, no es pues una cuestión ajena a los deseos de quienes, desde la posición de dirigentes

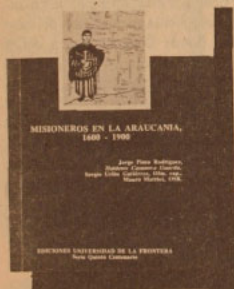
del sindicalismo chileno, buscan hacer una contribución importante a la recuperación de la democracia y a su consolidación futura.

Mario Alburquerque

Jorge Pinto Rodríguez, Holdenis Casanova, Sergio Uribe, Mauro Matthei

Misioneros en la Araucanía, 1600-1900

(Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, 1988).



Este nuevo libro publicado por la Universidad de la Frontera reúne varias investigaciones y transcribe algunos documentos poco conocidos acerca de las misiones entre los mapuches. El tema es de una gran relevancia. En estos momentos, al celebrarse los quinientos años del arribo de Colón a las islas del Caribe, se ha afirmado que se trataría de conmemorar también los quinientos años de evangelización en América. El propio Papa en su visita al sur de Chile así lo afirmó. Sin embargo, reflexionar

sobre este asunto tiene no sólo un valor histórico, sino también presente.

Hasta hace poco tiempo, nadie ponía en duda el carácter católico de nuestra cultura popular; el "legado de España" no sólo sería la lengua que hablamos, sino también la religión y creencias que practicamos. Hoy día, en cambio, los estudios antropológicos en toda América muestran crecientemente el carácter sincrético —a lo menos— de esta cultura religiosa. Teorías como las de Pedro Morandé, profesor de la Universidad Católica, que plantean la existencia de un "ethos latinoamericano", una especie de esencia cultural popular basada en el catolicismo, son difícilmente defendibles en la actualidad. En este debate, las investigaciones como las que comentamos tienen mucho que decir.

En un encuentro reciente sobre Pastoral Indígena organizado por la Iglesia Católica en la ciudad de Temuco, los representantes indígenas mapuche, aymara, mapuche-huilliche y alacalufe o kawashkar, mostraron la enorme lejanía existente entre sus concepciones religiosas y las de la Iglesia. Con gran aprecio por la Iglesia y sus pastores allí presentes, fueron relatando sus ritos, creencias, visiones religiosas, que de cristianas —en muchos casos— no tienen ni la forma siquiera. Presenciar la religiosidad mapuche expresada de manera maravillosa en un Nguillatún, es también una prueba empírica de la poca o ninguna penetración del catolicismo en la cultura mapuche.

La temática es por tanto apasionante: ¿Cómo ha sido posible un grado tan alto de resistencia cultural? Porque son varios siglos de contacto con la cultura católica, de esfuerzos misionales, de la acción de sacrificados frailes que querían predicar el evangelio a los infieles. Pensamos que el estudio de las misiones entre los indígenas debe partir

de este hecho sociológico contundente.

La relación entre religión, evangelización y conquista constituye un eje que requiere ser despejado con claridad por la investigación histórica relativa a estos asuntos. Los mapuches decían que los "patirus" (así llamaban a los padres misioneros) no eran peligrosos, pero sí eran "de mal agüero", porque detrás de ellos venían los soldados. La investigación histórica debería preguntarse críticamente: ¿Qué era la religión para los españoles, para los frailes, para los misioneros? Intuimos que no era la misma cosa que para los habitantes de estas sociedades cada vez más secularizadas de fines del siglo XX.

El misionero, por evangélico que fuese, no podía ser más que un ciudadano de su tiempo, servidor de su Rey, extranjero en una tierra que no comprendía. Es por tanto interesante leer las transcripciones que aparecen en el libro que comentamos: las de Pedro de Espiñeira y la misión de los Pehuenches, texto casi desconocido; los extractos del Chilidugu del Padre Havestadt; y otro de Fortunato de Drena, que trae noticias de interés sobre las misiones de la costa a fines del siglo pasado. Este último relato muestra la distancia entre misioneros e indígenas recién al finalizar el siglo.

El artículo del profesor Jorge Pinto ataca el problema de la situación de frontera que se vivió en el sur de Chile durante varios siglos. Siguiendo al profesor Góngora, otorga una importancia muy grande a este hecho en la formación del país. Asume una posición intermedia entre quienes afirman la existencia de relaciones predominantemente pacíficas entre españoles y mapuches, y quienes privilegian el análisis del conflicto. Es cierto que la historiografía tradicional ha insistido solamente en las relaciones bélicas, olvidando casi totalmente —por ejemplo— el contacto comercial. Pareciera del mayor interés

analizar, como se hace en este caso, las relaciones pacíficas y de contacto. La existencia de un colegio en Chillán para indígenas (artículo de J. Pinto y de H. Casanova) es una demostración de la existencia de una frontera pacífica, en que los hijos de caciques se iban a "educar" a la española. Pero no cabe duda de que este "ventajoso sistema de la paz" que los indios habrían apreciado y aceptado, según el autor, estaba limitado por algunos elementos "irreducibles". Uno de ellos fue la religión: los indios, aunque vivieron durante siglos en más períodos de paz que de guerra, no se convirtieron.

El concepto de frontera, de relaciones pacíficas, conduciría, como resultado esperable, a la aculturación. Los indios sometidos a estos contactos se deberían haber ido convirtiendo de a poco a las costumbres y creencias católico-españolas. Y ello no sucedió. Es por esta razón que el concepto no nos es completamente útil para comprender el fenómeno. Efectivamente hay contacto, pero al parecer, y eso es lo que interesa señalar, este contacto se originaba desde la conciencia de "separación"; la frontera no sólo comunicaba, sino principalmente separaba. La ausencia de acciones bélicas puede llevar a engaño, a no ver el conflicto, latente o explícito, que constituye quizá la única forma de explicar adecuadamente la falta de disolución cultural de los indígenas y su porfiada resistencia.

El autor señala que los misioneros eran parte de la sociedad fronteriza, y que ésta era un conjunto de fuerzas que se equilibraban. Aparte de ser una interpretación de fuerte contenido estructuralista, no nos parece que sirva para explicar adecuadamente el fracaso misional. Curas y frailes fronterizos serían parte de un juego burdo, al igual que soldados y autoridades: resultaría que a nadie le interesaba la Araucanía y

que tanto las incursiones misionales como las punitivas eran para justificar un cargo. Dice: "El soldado necesita, de vez en cuando, justificar su presencia, haciendo alarde del peligro indígena; el misionero pretende llevar la palabra del evangelio; el hacendado y estanciero ... en tanto como conjunto son producto de la realidad fronteriza, consiguen equilibrarse ... permitiendo que predominen las relaciones de paz" (p. 2).

La falta de poder explicativo del concepto de "relaciones fronterizas" utilizado, confunde y conduce a buscar las explicaciones en la desidia general que se habría apoderado de soldados, misioneros, capitanes de amigos, caciques e indios. Se pinta un paisaje de aburrimiento generalizado que duró dos siglos o más y que explica que no se haya invadido la Araucanía.

Nos parece que el concepto de frontera como "separación" es una definición básica para comprender las misiones. Estas actúan desde "el otro lado de la frontera". Los mapuches ven en las misiones la avanzada del "otro lado", de los "enemigos", de los huincas. Los misioneros hacían correrías, al igual que los soldados que "campeaban" todos los veranos. Instalaban misiones, de la misma forma que los soldados trataban de instalar fuertes y pueblos. Los dos métodos de misionar —correrías y misiones establecidas— son equivalentes a las dos formas de guerra que tenían los "guardias fronterizos", denominados Ejército de la Frontera. Para el mapuche, ambos tenían los mismos objetivos. Los métodos podían variar, los "patirus" no hacían mal a nadie, y los soldados sí lo hacían. Los tiempos de paz nunca rompieron este "irreducible".

Nos parece que en el análisis histórico del sur de Chile se debiera intentar una mayor comprensión de los "puntos de vista". Hay un encuentro de

varias culturas y surgimiento de nuevas formas de hacer cultural. ¿Cómo se enfrentan esas culturas? ¿Cuál es la imagen "del otro" que tienen estas culturas, o que se van formando en el contacto? Es un tema extraordinariamente moderno (o post-moderno, como gustan de decir algunos). Ya sabemos que el solo hecho de comerciar productos no significa comunicación ni comprensión del otro, ni siquiera aceptación del otro.

El autor señala con justeza el ideario misional, el concepto de verdad existente y, por tanto, el potencial etnocida de la evangelización. Muestra con claridad y datos de mucho interés la enorme frustración que se fue apoderando de los misioneros. En este aspecto, el capítulo sobre los franciscanos es especialmente bien logrado.

Los franciscanos trataban de seguir la pobreza de su maestro. Quizá habría sido de mucho interés analizar la concepción indígena de pobreza y riqueza. El ulmen mapuche es el sabio, y lo es porque generalmente es rico; es una voz que puede traducirse en forma equivalente: rico, sabio, jefe de paz. La aparición de los frailes seráficos, que hacían ostentación de la pobreza como virtud principal, muestra un interesante choque cultural. Los franciscanos suponían que los indígenas eran pobres y trataban de asemejarse a ellos. Lo más seguro es que los indígenas, por un lado, no fueran tan pobres, y por otro, despreciaran esa pobreza y, como consecuencia, la palabra y creencias de esos "pobres". Se podría parafrasear: ¿Qué Dios será éste que no les da riquezas?

Llegado un momento, los misioneros no fueron capaces de mantener su voluntad. Unos invocaron la fuerza; otros bautizaban "por si acaso", confiando en la "misericordia de Dios" y sin expectativas de "conversión". El profesor Jorge Pinto afirma: "La historia de los franciscanos en la Araucanía se re-

duce a un constante y penoso fracaso" (p. 99).

El artículo de Holdenis Casanova trata también de las misiones franciscanas, y nos relata los esfuerzos, incomprendidos y desesperanza de estos frailes. Son muy interesantes los testimonios de los frailes acerca de las "abominables" prácticas de los indios. El autor se pregunta el porqué de la resistencia indígena a la nueva religión. Responde que ésta atentaba contra la propia identidad indígena. Esto significaría que, para la perspectiva indígena, la religión implicaba su disolución. ¿Qué contacto era éste?

Volvemos pues a la relación entre "religión y Estado". Los misioneros no se pudieron desligar del poder temporal, aunque quisieron a los indígenas e incluso los protegieron del mismo poder temporal. Pero no dieron el paso de ruptura. Ricci lo dio en China, y otros también en otras latitudes. Religión y Estado español fueron vistos por los mapuches como una misma e indisoluble estructura. Este tema sigue siendo de gran actualidad. ¿Por qué los misioneros en el sur de Chile no se pudieron desligar radicalmente del poder temporal? Hemos visto largos legajos en archivos, de las cuentas que los frailes debían entregar a la administración española: también tenían "su real situado". Eran pagados por el Estado, cumplían una función fronteriza. ¿No estará allí también una explicación?

Nos falta sin duda una teoría más comprensiva de los fenómenos de encuentro y desencuentro en el sur de Chile, lo que no desmerece el libro que comentamos. La teoría de las relaciones fronterizas ha aportado una dimensión poco estudiada del problema, pero aprisiona los datos y los constriñe. Doscientos años de relaciones entre indígenas y españoles, criollos, mestizos y "tipos fronterizos", deberían haber "disuelto"

las culturas originales y provocado un nuevo sincretismo. Eso no ocurrió.

Por ejemplo, las teorías acerca del mestizaje en América Latina no siempre nos sirven en el caso del sur chileno. Aquí se produjo una especie de doble mestizaje a cada lado de la frontera, que dividía y expresaba el conflicto. Los mestizos y criollos que se pasaron al sur de la frontera se mapuchizaron; tenemos numerosos casos de bandidos, plateros, cautivos, etc., que adoptaron las costumbres indígenas y que, pasados los años, eran indistinguibles de ellos. Son los caciques Sandoval, Carmona, Burgos, entre otros. Por su parte, los mestizos que formaron el campesinado de Chillán y las zonas cercanas al norte perdieron sus raíces culturales indígenas y se españolizaron; más aún, fueron y son racistas frente a los indios, con quienes se emparentan física y antropológicamente. La frontera los obligó a reidentificarse, a separarse, a esconder sus raíces. No cabe duda de que es importante avanzar en la interpretación de estos fenómenos para comprender mejor las características de nuestra cultura popular.

El trabajo historiográfico que se presenta en este libro es muy interesante y poco conocido. Para los estudios araucanistas constituye un material indispensable, que abre numerosos caminos para nuevas investigaciones; pareciera que un recuento historiográfico de lo ocurrido en la frontera durante el siglo XVIII es necesario para dar un contexto adecuado a las discusiones teóricas. No cabe más que felicitar a los profesores de la Universidad de la Frontera por dar nuevas luces en este debate.

José Bengoa

Rolando Mellafe, René Salinas
Sociedad y población rural en la formación de Chile actual. La Liga 1700-1850
(Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1989).

**SOCIEDAD
Y POBLACIÓN RURAL
EN LA FORMACIÓN
DE CHILE ACTUAL:
LA LIGA 1700-1850**

por
Rolando Mellafe Rojas
y René Salinas Mesa



Ediciones de la Universidad de Chile

La Liga ha sido objeto de varios estudios históricos. Es un pueblecito ubicado en el Norte Chico chileno, en medio de un valle que va de cordillera a mar. En ese valle se otorgaron mercedes muy tempranamente en la Colonia, y se instalaron grandes haciendas. El pueblo y sus alrededores se constituyeron en una zona de pequeños agricultores, muchos de ellos descendientes de indígenas. El embrujo de la Quintrala también ha sido factor de atención adicional. Es por tanto una microrregión donde se junta el latifundio, el minifundio, el pueblo de indios en disolución, el pueblo mismo de La Liga.

Los autores manejan un material basado en los registros parroquiales, empadronamientos, testamentos, etc. Sin duda es un material muy rico y a la vez muy técnico, que constituye un verdadero desafío. La tradición historiográfica chilena es débil en monografías tan precisas y detalladas. No es que falten fuentes documentales, pero

no es fácil hacerlas hablar. Eso es lo que ocurre en muchas páginas de este libro. En este punto quisiéramos centrar el comentario crítico.

En primer lugar, se nos entrega una interesante y documentada descripción de cómo se constituyó, fundó y refundó La Liga. La relación entre minería y agricultura (y pueblo) queda bien establecida. Se aportan datos de interés acerca de la forma como surgieron pueblos de este tipo, situación que se reitera en el territorio.

A continuación viene una interesante descripción de las haciendas del valle. Los autores se detienen en el tema de la propiedad y los cultivos. Al parecer, no poseen datos que muestren cómo eran internamente estas haciendas, cómo vivía la gente, lo que hace perder viveza al relato. Lo mismo se puede decir de la mediana propiedad y pequeña propiedad. Los autores no dan cuenta —cuestión que aparece en los Censos— de la dinámica de la pequeña propiedad, esto es, de los fraccionamientos que llevaron a su transformación en minifundio. A nuestro modo de ver esto tiene gran importancia, porque esa pequeña propiedad pulverizada condujo al fomento de la artesanía en La Liga, como lo hizo en Pomaire y en muchos otros pueblos. Lamentablemente, de esto no se habla en el libro.

Durante casi un siglo esta localidad fue un centro textil importante, ya que allí llegaban del norte los vendedores de vicuñas. Con la lana de estos animales los artesanos confeccionaban ponchos que vendían a los dueños de fundo, y cuyo alto precio los llevó a constituirse en signos de prestigio hacendal. Ya en este siglo, llegaron a La Liga comerciantes —de origen árabe en su mayoría— que transformaron la antigua y tradicional industria textil, partiendo de los conocimientos de los antiguos artesanos. Posiblemente en el año 1850 la

actividad agrícola era aún la de mayor importancia, y por ello no aparece en el trabajo que comentamos. De todos modos, habría sido una perspectiva que le habría dado más actualidad al estudio.

El trabajo continúa con un capítulo técnico acerca de la población, estudiada desde la perspectiva demográfica. Se nos entregan datos del Censo de Juan Egaña, aunque no se muestra su evolución posterior. Se echa de menos, quizás, un desarrollo más acucioso del tema "la población según las actividades productivas". A partir del análisis de las profesiones, se podría haber descrito las relaciones entre minifundio y latifundio, tema de tanta importancia teórica y que no se aborda. Aunque sea muy anecdótico, se informa de la existencia de "dulceros", lo que nos podría decir algo acerca de la fabricación de estos dulces, famosos en todo el país. Es quizá uno de los pocos pueblos "manufactureros" que había en la zona, y averiguar el porqué de ello, las relaciones entre latifundio productor (de leche, lana, por ejemplo) y pequeña propiedad manufacturera, es de enorme interés.

Iniciamos este comentario señalando las dificultades que presenta el análisis de estas series de datos. Se llega muchas veces a un sofisticado estudio de detalles (nupcialidad, fecundidad, etc.), que son de interés para el profesional técnico en estas materias, pero que escapan al lector común interesado en la historia. Las preguntas más interesantes que puede responder una monografía se escapan de tales datos y, por tanto, del texto; por ejemplo, las relacionadas con las clases sociales de la sociedad rural tradicional, los diversos personajes de los pueblos, lo que ocurrió con los indígenas que allí vivían, la dinámica del latifundio y el minifundio, por nombrar algunas.

Es evidente, sin embargo, que la crítica anterior se hace desde un interés

que privilegia la historia social sobre otros enfoques. Ella no pone en duda que, para la historia demográfica, el estudio que comentamos es un aporte sustantivo.

José Bengoa C

ESTUDIANDO —¿POR FIN?— LOS MERCADERES-BANQUEROS DEL SIGLO XIX (CHILE)

(Ensayo bibliográfico)

Eduardo Cavieres
Comercio chileno y comerciantes ingleses. 1820-80. Un ciclo de historia económica

(Valparaíso: Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1988).

Juan Eduardo Vargas
José Tomás Ramos Font, una fortuna chilena del siglo XIX

(Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile. Fundación Mario Góngora, 1988).

María Angélica Illanes
Minería, crédito y burguesía. Atacama, 1830-1860

(Santiago: Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, 1988).

Sergio Villalobos
Origen y ascenso de la burguesía chilena

(Santiago: Editorial Universitaria, 1987).

Aunque a veces se piensa que ya existe una sobrecarga de buenos estudios históricos acerca de todo, hay, sin embargo, tramas y problemas de la historia de Chile que tienden a permanecer obstinadamente al margen de la inspección

historiográfica. Pese a la aparente sobrecarga. O acaso — como se discutirá más adelante — a consecuencia de la misma.

El soslayamiento de esas tramas y problemas se ha producido por una combinación de diversos hábitos y factores. Enumeremos algunos de ellos. En primer término, está el tratamiento que habitualmente se da a las 'razones conacionales de Estado', regidas como lo son por el derecho autoreferido de las élites dirigentes a cubrir con silencio los rangos históricos de 'más alto nivel': las negociaciones directas entre líderes, los planes políticos de las Fuerzas Armadas, los reglamentos y atribuciones específicas de la policía secreta, etc.

En segundo término, está la implementación práctica de la ética y los "pactos entre caballeros", que aconsejan mantener una reserva prudente respecto de los asuntos de dinero, principalmente en lo tocante a las esferas del *big business*. En tercer término, cabe citar la conciencia (a veces conminatoria) de prestigio y la dignidad nacionales, que censura, o cuando menos declara aberrante, la investigación o exposición de los aspectos anti-heróicos de la historia: el 'lado oscuro' de los mitos, o la miseria, vicios y rabias — demasiado visibles — de la clase baja. En cuarto término, está el respeto humano simple, a veces hacia los tabúes sociales convencionales (conflictos domésticos o sexuales de los personajes 'públicos'), otras, hacia el elenco mítico de la nación (héroes militares, políticos y empresariales del siglo XIX). Y, por último — aunque la lista podría alargarse —, están las dificultades técnicas (inhibición teórica o metodológica frente al estudio de temáticas complejas, como el desarrollo del capitalismo o de las clases medias, etc.), o prosaicamente materiales (desorden físico y burocrático en los archivos chilenos del siglo XX).

El accionar combinado de esos hábitos y factores — todos de 'nivel mayor' — ha concluido por cavar varias bóvedas de restricción historiográfica. En compensación, el foco cognoscitivo se ha proyectado de preferencia hacia los hechos y procesos que se caratulan como "de dominio público". El conjunto de esos hechos y procesos ha delimitado la historia 'aceptable', el saber histórico convencional que se supone ha de manejar el ciudadano medio. En gran medida, los límites de ese saber — que determina lo que ha de recortarse de la realidad y lo que ha de incluirse — han sido fijados en Chile por el llamado "periodismo serio". De allí ha surgido la tendencia a definir la ciencia histórica como la continuación lógica de ese tipo de periodismo, sólo que a otra escala de tiempo y con otros medios.

¿Cuán importante ha sido y es la historia acumulada en las 'bóvedas restrictas'? Difícil cosa es evaluar lo que no se conoce o lo que se conoce de oídas o a medias. Pero, felizmente, hoy se sabe el mínimo suficiente de algunas de esas bóvedas como para evaluar, cuando menos, los efectos que su restricción ha producido en el mismo proceso histórico. Por ejemplo, la restricción que inhibió por más de un siglo la historiografía social del "bajo pueblo"

— so color de su bajeza e inmoralidades —, privilegió tanto el estudio como la politización sólo de sus segmentos más 'decentes' e integrados, en desmedro de los otros, que constituirían su mayoría. ¿Y no fue similar el caso del empresario industrial, abolido históricamente por el mitificado prota-gonismo (negro) de los terratenientes y (dorado) de los mercaderes millonarios de mediados del siglo XIX? Pues, ¿no se llegó a afirmar con caracteres apodícticos que la industria en Chile fue 'inducida' por el Estado a partir de la creación de la CORFO? No hay duda de

que, a consecuencia de esas — y de otras — restricciones, un sinnúmero de valoraciones desajustadas se infiltró en los procesos ideológicos y, particularmente, políticos, de la historia de Chile. Y eso no es poco decir.

No obstante, el caso más trascendente y dramático parece ser el de la burguesía mercantil-financiera. Una suerte de conspiración de complicidades e ingenuidades — más lo último que lo primero, en todo caso — ha permitido a esa burguesía disponer de un siglo de soslayamiento historiográfico. De no estar en el centro del foco cognoscitivo. Su caso es notable. Pues, cada vez que ese foco ha intentado iluminar las 'altas oscuridades' de la sociedad chilena, el haz de luz ha cogido de lleno, no el cuerpo histórico de la dicha burguesía, sino los cuerpos erráticos de diversos "sosías" de la misma, que la recubren de anonimato. Excepto para dejar a la vista su 'origen y ascenso', fase de su gloria arquetípica. Su vislumbre heroico. Primero entró en escena la útil noción de "aristocracia" — para la obvia satisfacción de los que se creyeron involucrados, desde este o del otro lado del conocimiento —, que, al ser referida no hacia Chile sino hacia el colapsado mundo feudal europeo, ocultó las bases de reproducción capitalista de ese grupo social. 1. Acto seguido, entró en escena la oposición y crítica a la "fronda aristocrática", que avanzó hasta identificar al agente principal del subdesarrollo nacional: el latifundio o "sistema de hacienda", artífice y verdadero patrón de la sociedad chilena, que mantuvo el feudalismo en Chile hasta, más o menos, 1950.2 Tras este segundo acto, ya era claro (a fines de esa década) que la

1. Importantes tributarios de este tipo de análisis fueron los historiadores A. Edwards y J. Eyzaguirre, entre otros.
2. Por ejemplo, M. Carnagiani, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930* (Barcelona, 1984).

"aristocracia terrateniente" se estaba llevando la responsabilidad histórica de todo, lo cual le permitía fagocitar al paso cualquier asomo de protagonismo de parte de la (eventual) burguesía nacional. De modo que fue una sorpresa para todos cuando, en 1961, Ricardo Lagos demostró empíricamente la existencia en el país de "grupos económicos" de evidente corpus capitalista e inconfundible perfil burgués. Pero ya la inercia de la trama era mucha y el factor sorpresa feble, pues, a mediados de la década de 1960, cualquier chileno de base sabía que no había sido la "burguesía" la que había entrado a los escenarios históricos tras el estudio de Lagos, sino ¡el imperialismo!³

Con todo, la burguesía mercantil-financiera no sólo ha dispuesto de útiles 'sosías' ideológicos y/o de cargadores de responsabilidad histórica ajena, sino también de entrometedores protagonistas rivales (por ejemplo, de la 'clase política'), oportunas crisis (de liderazgo, como en 1920; comerciales, como la de 1930; o sociales, siempre) o irrupciones militares de cualquier tipo. Ha dispuesto, así, de una comparsa de factores de 'distracción', a los cuales, por su omnipresencia, la opinión pública ha concluido por atribuir la culpa por las crisis vividas, o el prestigio por los éxitos alcanzados. De este modo, los ideólogos de esta burguesía han podido casi siempre atribuir, con convincente naturalidad, los fracasos de esa clase social a fenómenos de tipo general o a convenientes chivos expiatorios. En 1901, por ejemplo, E. Mac Iver, en un discurso célebre, refirió la decadencia de la burguesía criolla y la descomposición del Estado que ella había creado (pues eso era lo que ocurría) a la "crisis moral de la República". Fue elocuente.

Y le creyeron. En 1910, Agustín Ross, en un libro célebre, refirió la crisis económica nacional a la voracidad crediticia de los terratenientes y a la largueza legislativa de sus socios liberales. Y también le creyeron. En 1911, en un texto clásico, F. A. Encina aseguró que, frente a la invasión de los "comerciantes extranjeros", la raza chilena se había apocado, creando "nuestra inferioridad económica". F. W. Fetter en 1927, J. C. Jobet en 1949, A. Pinto en 1958 y A. G. Frank en 1967, ya convencidos, construyeron —en trabajos también célebres— todo un sistema teórico en torno a esas sucesivas 'creencias'.⁴ A este respecto, los chilenos pudieron contar desde entonces con un saber histórico convencional.

Aquí viene al caso, tal vez, un texto de J. K. Galbraith:

...para la influencia del discurso social cuenta mucho más la prueba de la adhesión pública que la piedra de toque de la verdad... Y así como el científico en su laboratorio se dedica a descubrir verdades científicas, de mismo modo el escritor a sueldo y el encargado de la publicidad se preocupan de identificar lo aceptable.⁵

Ningún historiador que se autodefinía como 'científico' duda de que, para dar con las "piedras de toque de la verdad", necesita hacer tabla rasa con las definiciones públicas de "lo aceptable". Pero esto es difícil para quien trabaja en una sociedad 'en desarrollo', donde la necesidad de generar discursos 'influyentes' toma más importantes las "pruebas de la adhesión pública" que las

provocaciones de la verdad. De aquí que, en Chile, hayan sido los historiadores extranjeros los que, ajenos a la presión por lo aceptable, rompieran la barrera de las "creencias" y pusieran un pie en las bóvedas restringidas de la historia de Chile. Y fue A. Hirschman quien, en 1960 —el mismo año en que Kalman Silvert anunciaba en el *Latin American Handbook* que "Chile es un país mal estudiado"—, planteó por primera vez una duda metódica acerca de la 'responsabilidad total' de la "aristocracia terrateniente" y las ventajas que "otros" sacaban de ello.⁶

Tras vislumbrarse esa "piedra de toque", toda una avalancha de tesis doctorales norteamericanas y europeas, como reaccionando ante la afirmación de K. Silvert, se lanzó a explorar qué había a espaldas de la "aristocracia terrateniente" y por debajo de la piel pública de la sabiduría histórica convencional. Entre otros descubrimientos importantes, se develó la industrialización de fines del siglo XIX, la presencia de las casas comerciales extranjeras y —lo que más nos interesa en este ensayo— la vida y capitulación empresarial de la burguesía mercantil-financiera chilena. Entre 1972 y 1985, aproximadamente, los trabajos de J. L. Rector, Ch. Pregger, A. Bauer, P. Conoboy, S. F. Edwards, M. Felstiner, T. Wright, G. Marcella, T. O'Brien, R. Oppenheimer, J. P. Przeworski y D. Zimmerman, entre otros, contribuyeron decisivamente a iniciar el destape de las bóvedas restringidas.⁷ Paralelamente, un grupo de profesores y estudiantes del Departamento de Histo-

3. R. Lagos, *La concentración del poder económico* (Santiago, 1961).

4. G. Salazar: "El debate teórico sobre desarrollo y dependencia", *Nueva Historia* 1:4 (1982).

5. *La sociedad opulenta* (Barcelona, 1963; 2ª ed.), pp. 28-9.

6. A. Hirschman, *Journey towards Progress: Studies of the Economic Policy-Making in Latin America* (New York, 1963), p. 168 et seq.

7. Una lista (no exhaustiva) de esas contribuciones en Baldomero Estrada, "Tesis sobre historia de Chile realizadas en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia", *Nueva Historia* 2:8 (1983).

ria Económica y Social de Chile y América Latina, de la Universidad Católica—involuntariamente occiso en 1973— se adentró riesgosamente en este mismo tipo de exploraciones.⁸

Con tales precedentes, no ha de extrañar que algunos historiadores chilenos—los que experimentaron en piel propia la crisis de 1973— fueran catapultados al exterior e incorporados a la órbita de los *foreign scholars* que investigan desprejuiciadamente la historia de Chile. En tal compañía pudieron continuar el avance, ahora ya derechamente sobre las “piedras de toque”.⁹

El “estado de la cuestión”, pues, no es hoy el mismo que en 1960. El estudio de la burguesía mercantil-financiera no está concluido, es cierto. Pero su bóveda centenaria está destapada. Y esto cambia la posición y la definición de las viejas categorías de análisis, como también los objetivos de la investigación historiográfica. Por lo tanto, debe ser con arreglo a este “estado de la cuestión” que ha de realizarse la reseña y comentario de los estudios que, entre 1987 y 1988, han aparecido en Chile acerca de la supradicha burguesía.

Examinemos en primer lugar el trabajo del profesor Eduardo Cavieres, de la Universidad Católica de Valparaíso.

Se trata, sin duda, de uno de los esfuerzos más sistemáticos realizados hasta ahora por describir el mundo mercantil que, con eje en Valparaíso



pero con elongaciones hacia el norte y el sur del país, hegemonizó la economía chilena de mediados del siglo XIX. A este efecto, el profesor Cavieres recopiló una vasta masa documental, tanto de archivos ingleses como chilenos (en especial, en el último caso, de los Notariales). Esto le permite iluminar el detalle de numerosas relaciones y problemas que, aunque conocidos en general, carecían del apoyo documental necesario. Es importante, en este sentido, su análisis del comercio bilateral chileno-británico anterior a 1844, de las relaciones mercantiles y financieras entre mercaderes mayores y menores, y del desarrollo de algunas de las grandes casas comerciales extranjeras (como por ejemplo de la F. Huth, Gruning & Co.). La hipótesis central que plantea el autor es que, en el período 1830-1870, Chile experimentó una “etapa de crecimiento económico intensivo”, siendo el primer país latinoamericano en alcanzar esa etapa. Es en relación a ese “crecimiento” que el profesor Cavieres proyecta su análisis descriptivo del mundo mercantil, y las contribuciones de los mercaderes ingleses y chilenos. De este modo —sostiene—, esos mercaderes “fueron los principales participantes en la creación de una

economía nacional y en la acumulación de capital ... también contribuyeron al aumento de la producción local a través de sistemas de crédito como el de la habilitación” (p. 12). Los mercaderes ingleses que hegemonizaron todo el proceso, “tuvieron una significativa influencia en la modernización de la economía chilena” (p. 13). La presencia de los ingleses en Chile permitió al país “levantar los pesados portones del pasado colonial y moverse en un mucho más amplio contexto de la historia de mundo contemporáneo” (p. 227).

El lector, en este punto, podría preguntarse: ¿estamos en presencia de una nueva versión de la tesis de “las cuatro décadas de oro” del desarrollo nacional (1830-1870), que sirvió de pedestal para la ascensión de la burguesía mercantil-financiera y el sellamiento de su “bóveda restricta”? ¿Con la particular addenda de la acción modernizadora y desarrollista del capitalismo inglés en Chile? La pregunta puede ser legítima, pero induce a error en cuanto al contenido real del trabajo del profesor Cavieres. Pues toda la deducción teórica que pudiera derivarse de la hipótesis central es, en ese trabajo, un análisis yuxtapuesto y casi marginal. El estudio está centrado en la descripción de detalle y, en ese camino, desprende una cantidad de conclusiones particulares que, tomadas una con otra, sugieren una conclusión distinta a la hipótesis central. Esto, que el autor no percibió bien, sí lo percibe el lector con algún conocimiento previo del problema. Y Simon Collier —que prologó el libro— lo indica claramente:

Sin embargo, de la radiografía del sector minero que nos aporta ese estudio, se desprende un hecho bastante claro: cualquier cálculo de los costos y beneficios del sistema parece mostrar que el éxito de los

8. Productos retardados de esa aventura han sido los trabajos de Angélica Illanes (que se comenta en estas páginas), los de A. de Ramón (sobre todo los relativos a economía colonial e historia urbana) y los de G. Salazar (sobre historia popular y del capitalismo en Chile).

9. Véase, en particular, las tesis doctorales de historia económica de Chile realizadas por Manuel Fernández, Gabriel Palma, Luis Ortega y G. Salazar.

comerciantes (o habilitadores) se lograba a expensas de los productores, es decir, de los empresarios mineros (p. 8).

¿Por qué el lector versado saca de la lectura del trabajo de Cavieres esa conclusión? Respuesta: porque ése es el real "estado de la cuestión". Es decir: cómo el crecimiento del capital mercantil-financiero, en la cúpula del sistema económico, generó y promovió en la base el decrecimiento neto de la productividad y la desacumulación. Pues fue esta tensión "interior" lo que provocó la crisis productiva de 1873-78 y el posterior colapso del "mundo mercantil" de Valparaíso y el de su mitificada burguesía. Sin embargo, al no ubicarse exactamente sobre el "estado de la cuestión", el gran esfuerzo del profesor Cavieres perdió coherencia entre sus objetivos e hipótesis generales y sus conclusiones de detalle; por lo que las últimas, fundadas en hechos reales, resultan más útiles que los primeros.

La biografía empresarial escrita por el profesor Juan Vargas —de la Universidad Católica de Santiago— acerca de José T. Ramos F., podría ser considerada como la versión chilena de los clásicos estudios de H. Lapeyre y G. Lohman-Villena sobre los hombres de negocios de tipo latino. Fernando Silva Vargas, escribiendo para El Mercurio, califica el estudio del profesor Vargas como "una obra pionera en nuestro país".¹⁰ Podría ser. Y también podría ser que el autor se haya propuesto otra cosa. ¿Qué cosa? No lo sabemos, pues en verdad no nos dice nada acerca de sus objetivos generales o particulares, o si



intentó demostrar alguna hipótesis. Su única afirmación de tipo "teórico" es la siguiente: "En cierto modo, este estudio nació en forma casual" (p. 13). No obstante, aunque "casual", el trabajo se desarrolló conforme a una implacable lógica anatómica y taxonómica: orígenes familiares de J. T. Ramos; formación del capital inicial; la casa comercial de Valparaíso, personal, estructura y funcionamiento; otros negocios; muerte y testamento. El análisis histórico, quirúrgicamente practicado sobre segmentos cuidadosamente separados, no deja cabo suelto. El lenguaje expositivo, en concordancia con ello, es directo, simple y transparente.

De esa forma y en ese estilo, el profesor Vargas concluye por trazar un perfil nítido de un gran mercader chileno de mediados del siglo XIX en el momento de su apogeo. Es un retrato que habría que colgar junto a los ya coloreados cuadros de J. T. Urmeneta, A. Edwards o M. Cousiño, esta vez con la ventaja de una obra más afinada. No hay duda de que se ha hecho aporte importante a esa galería de retratos. Sin embargo, resulta evidente que las 4/5 parte del trabajo están abocadas a demostrar cómo J. T. Ramos llegó a la

cima mercantil y acumuló su "fortuna" (¿qué tipo de categoría económica es "la fortuna" de un empresario?). Casualmente o no, el estudio del profesor Vargas tiende, por ello, a reforzar la tesis de las "cuatro décadas de oro" y del carácter arquetípico de los grandes mercaderes de mediados del siglo XIX. Pues sólo destina unas pocas páginas —que representaron casi cuarenta años de la vida del empresario de marras— a la fase en que J. T. Ramos se retira del comercio y sus hijos, más tarde, dispersan su fortuna y su espíritu empresarial. J. Vargas no se detiene a examinar en profundidad ese punto de flexión y quiebre, donde Ramos, como otros mercaderes, tuvo que abandonar el comercio exterior,

provocando una merma en sus utilidades y, como lógica consecuencia, lo impulsaron a buscar en otros campos las ganancias que esa actividad ya no le proporcionaba (p. 212).

La retirada y declinación de los mercaderes es atribuida por el profesor Vargas "a la revolución de las comunicaciones que se dejó sentir en el mundo económico" de fines del siglo XIX (p. 212). Naturalmente, esta frase (pues no hay de análisis de ello) no llena el vacío histórico del trabajo, y subsiste la conclusión de que el problema de la crisis y declinación del aparentemente brillante mundo mercantil del Valparaíso de 1850 ha sido, una vez más, eludido. Lo que prueba que en este caso también se ha ignorado el real "estado de la cuestión".

María Angélica Illanes —historiadora sin inserción institucional, al momento—, en cambio, apunta directamente su mira al tipo de relación económica que en mayor grado contribuyó a la decli-

10. F. Silva, "José Tomás Ramos Font, un empresario chileno", El Mercurio, domingo 30 de abril de 1989. E9.

MINERÍA, CRÉDITO
Y BURGUESÍA
ATACAMA 1850-1880Instituto Profesional de Estudios
Históricos - Pisco, Chile

nación y crisis del mundo mercantil chileno: el 'crédito minero', en tanto mecanismo de "succión y ahogo del trabajo y la producción por parte del capital mercantil y crediticio" (p. 8). Para Angélica Illanes, el "capitalismo mercantil y crediticio" configuró un poderoso sistema de límites en el que se vio atrapado el empresariado productor. Sin embargo, es la misma autora quien, tras apuntar sus objetivos hacia los efectos de la dominación mercantil en el desarrollo de las fuerzas productivas, se autolimita, al plantear que "nuestro propósito es hacer ... un estudio de las relaciones crediticias propiamente tales, desentrañando sus mecanismos, su evolución y sus personajes involucrados" (p. 8). Es decir, se propuso hacer una radiografía histórica de las "relaciones de crédito", más referida al análisis sincrónico que al diacrónico, más de tipo estructural que procesal. Como tal, aunque la contextualización abarca el período 1830-60—una década menos que las "de oro"—, el grueso del análisis gira en torno a la coyuntura económica y política de 1859-60. Que es el mismo punto donde, más o menos, detuvo el análisis el profesor Cavieres y frenó el suyo el profesor Vargas.

Con todo, el trabajo de Angélica

Illanes tiene una ventaja relativa: el análisis de las relaciones crediticias (que permite ver cómo se formaron "las fortunas" de G. Ossa, A. Edwards, M. Cousiño y B. Codecido) dispone de una ambientación histórica más sensitiva y sugerente. Es de interés, por ejemplo, el proceso concomitante de adecuación legislativa a la expansión del capital mercantil-crediticio y a su expresión política en la región de Atacama (Capítulos I, II y IV). Sin embargo, al igual que los otros autores, al llegar al umbral de la crisis, la autora se detiene y cierra su estudio. El objetivo grueso inicial, claramente apuntado, se ve al final soslayado.

El profesor Sergio Villalobos introduce su exposición sobre el "origen y ascenso" de la burguesía chilena con las siguientes reflexiones:



¿Por qué ... jamás se pone énfasis en el notable papel económico de la burguesía como elemento del progreso material del desarrollo de la técnica ... y la transformación acelerada del mundo?... Mediante un esfuerzo de imaginación debería-
mos suponer lo que habría sido Chile

y lo que seríamos hoy si no hubiese habido en el siglo XIX un dinámico grupo de mineros del cobre y de la plata en Atacama ... y banqueros activos (pp. 11-12).

Dado lo que el profesor Villalobos estima como predominio de la visión crítica sobre la burguesía del siglo XIX, su estudio intenta "acercarse a ella en una actitud comprensiva, como única manera de captar sus dimensiones externas y la intimidad de su ser" (p. 12). Se trata de evitar—en sus palabras—"la condena de la burguesía".

Definidos esos objetivos, el profesor Villalobos traza luego una "caracterización de ella en sus diferentes momentos", que se descompone en una serie de retratos de tipo costumbrista, o de tipo biográfico, o bien de reflexiones acerca de su ética predominante, sus modelos externos y su aristocratización. El problema de la crisis y declinación no se plantea, y sólo se menciona, al final, que la burguesía alcanzó "la cúspide de su trayecto ... cercano ya al derrumbe. Aunque éste sería sólo parcial y lo enfrentaría adaptándose, mimetizándose y empleando resortes ocultos a la espera de una oportunidad fortuita" (p. 160). Consecuente con su objetivo mayor—desarrollar al trabajo en una "actitud comprensiva" hacia la burguesía—el profesor Villalobos realizó un ejercicio más bien diltheyano de análisis histórico, de modo que, a diferencia de los otros autores aquí examinados, no trabajó de preferencia con fuentes primarias sino secundarias.

Sólo un comentario crítico: no parece ser demasiado efectivo que "jamás se ponga énfasis en el notable papel de la burguesía" en el desenvolvimiento económico chileno del siglo XIX. Lo cierto, en este caso, parece ser lo contrario, pues en lo único en que se ha puesto un

énfasis permanente y consensual, no sólo en los estudios historiográficos sino también en los de la sociología del desarrollo y en los de la economía histórica, ha sido en el "notable papel económico" de los mercaderes (no "mineros") de mediados del siglo XIX. A. Ross, F. A. Encina y F. W. Fetter privilegiaron en sus análisis las "cuatro décadas de oro" y los "grandes empresarios" que brillaron sobre ella. El economista Aníbal Pinto los definió como "una falange admirable de pioneros, cuyo espíritu de empresa admite parangón con sus casi legendarios homónimos de América del Norte". Y a renglón seguido califica al "extraordinario cuarteto" formado por D. de Almeida, J. A. Moreno, J. S. Ossa y J. T. Urmeneta como "estos titanes del desierto"; generación de héroes empresariales "que no se repite en fases posteriores de la evolución económica chilena".¹¹ En 1966, el economista Ricardo Lagos, siguiendo a Encina y Pinto, habla de los "empresarios schumpeterianos", que, "en número y calidad, son únicos en la historia de Chile".¹² Los ultra-críticos J. Cademáriti y A. G. Frank —siguiendo también a Encina y Pinto— atribuyeron a las "cuatro décadas de oro" y a sus grandes empresarios dos méritos supremos: haber sido la única fase en que se 'intentó' la independencia económica del país, y el origen del capitalismo en Chile, con sus dos vástagos: la burguesía y la clase obrera.¹³ Y sin ir más lejos, en 1988 el profesor Cavieres y el profesor Vargas, casualmente o no, han hecho lo que también hizo el profesor Villalobos: reponer a los "héroes empresariales" de la historia económica de Chile sobre sus pedestales de

siempre, por si alguien los hubiese sacado de allí.

Al cerrar el balance final de este ensayo, cabe hacerlo con referencia a dos problemas importantes, ambos pertenecientes al "estado real de la cuestión".

El primero de ellos tiene que ver con el hecho de que casi todas las contribuciones historiográficas recientes sobre este punto han demostrado que la cuestión central a examinar no es la 'formación de fortunas millonarias' en la cuatridécada 1830-70, para luego tipificar ese proceso como un 'arquetipo empresarial' (o como 'otra' galería de héroes nacionales), sino qué tipo específico de acumulación capitalista fue ése, a qué forma particular de desarrollo nacional dio lugar esa 'forma de enriquecimiento', y cuán eficiente fue el tipo real de liderazgo ejercido por esos empresarios y sus aliados. Un país en vías de desarrollo, del cual se ha diagnosticado su "inferioridad económica", su "eterna crisis", su "caso de capitalismo frustrado" o el "desarrollo de su subdesarrollo", tiene otros problemas y procesos importantes en que concentrar su capacidad historiográfica, que no son los medios a través de los cuales "formaron su fortuna" sus primeros (y heroificados) millonarios. A menos que sea con el fin de explicar la crisis estructural que dejaron tras su paso. De aquí que, al explorar esa crisis, las investigaciones históricas recientes (ya citadas) tienden a concluir que la acumulación capitalista que dominó durante la cuatridécada de oro tuvo un carácter esencialmente mercantil-especulativo y financiero-usurero. Tal forma de acumulación fue agudizando la expropiación comercial y

la asfixia financiera de la masa de productores, frenando el incremento de la productividad. Y, finalmente, como modelo 'empresarial', hizo crisis, lo que dejó el camino abierto a la entronización del empresario extranjero en áreas más profundas de la economía chilena y al desarrollo gradual aunque lento de un tipo más moderno de empresariado (el manufacturero-industrial). Sin haber participado en esas investigaciones históricas recientes, el economista Oscar Muñoz, reflexionando acerca del proceso de industrialización chilena, concluyó que es de enorme importancia distinguir, en el caso de Chile, entre un "comerciante" y un verdadero "empresario", y entre un grupo de "mercaderes-empresarios exitosos" y la formación de una "clase empresarial".¹⁴

El segundo problema tiene que ver con la forma en que, al parecer, se planifican las investigaciones historiográficas en Chile actual. Podría decirse —al hacer el balance de los estudios aquí comentados y de otros— que la mayoría de esas investigaciones no se planifican con referencia al "estado actual de las cuestiones". O con la mira puesta en los grandes problemas que atraviesan de lado a lado, en desgarró múltiple y sostenido, la sociedad chilena. Diríase, incluso, que no se lee —o cuando menos no con la atención requerida— lo que, con valor académico, se publica sobre ellos. Pues muchas investigaciones coinciden en objetivos y en puntos de vista no sólo ya utilizados, sino también gastados. No se puede continuar caminando por el borde mismo de las heridas de la sociedad y colocando aun más laureles en los héroes del siglo pasado. Como si la ciencia histórica consistiera en cavar todavía más profundo a los pies de los mitos nacionales. Ya parece llegado el

11. Chile, un caso de desarrollo frustrado (Santiago, 1958), p. 16.

12. La industria en Chile: antecedentes estructurales (Santiago, 1966), pp. 20-1.

13. J. Cademáriti, La economía chilena (Santiago, 1968), pp. 58-60; y A. G. Frank, Capitalism and Underdevelopment in Latin America (New York, 1969), pp. 57-66.

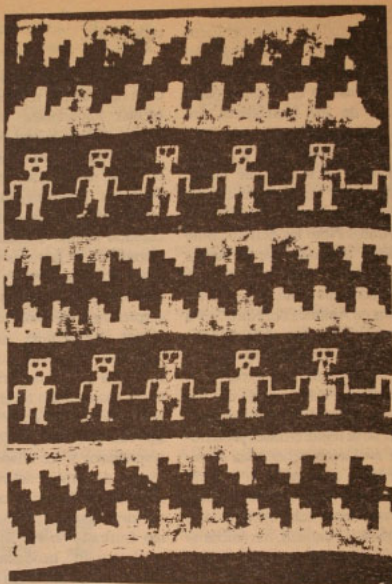
14. O. Muñoz, Chile y su industrialización (Santiago, 1986), p. 52 et seq.

tiempo en que la Historia de Chile se preocupe de los procesos, los movimientos y los grandes problemas que, de un modo u otro, desde sus múltiples raíces pretéritas, atenazan hoy el presente de nosotros mismos. Este es el único modo que la estática de "lo aceptable" deje de mantener atrapada a la Historia lejos del "estado real de la cuestión". Y de comenzar a evitar que los monstruos de la historia real irrumpen de repente, por sorpresa, para aterrorizamiento de todos. Y en Chile ya sabemos de esto.

Pues, como dijo J. K. Galbraith:

El enemigo de la sabiduría convencional no son las ideas, sino la marcha de los acontecimientos ... la sabiduría convencional no se adapta al mundo que supone interpretar, sino a la visión que su público tiene de ese mundo (p. 34).

Gabriel Salazar V.



Fragmento de un tejido multicolor, originario de la cultura Nazca. Pieza textil elaborada hace más de 2.500 años.



Este número
de Propositiones
está dedicado
a Manuel Bustos
y Arturo Martínez
dirigentes sindicales
relegados.

Se terminó de imprimir
en el mes de Septiembre de 1989.

Impresión y encuadernación:
Imprenta Interamericana.
Santiago de Chile.

SUMARIO

INDUSTRIA, OBREROS Y MOVIMIENTO SINDICAL

RECONVERSION INDUSTRIAL Y MOVIMIENTO SINDICAL

ALVARO DIAZ / Reestructuración industrial autoritaria en Chile • CECILIA MONTERO / Límites y alcances del cambio tecnológico en América Latina y Chile • LAIS W. ABRAMO / Nuevas tecnologías, mercado de trabajo y acción sindical en Brasil • GONZALO FALABELLA / ¿Un "nuevo sindicalismo"? Argentina, Brasil y Chile bajo regímenes militares • FRANÇOIS DUBET / El caso francés • ALAIN TOURAINE / Acción sindical y desigualdad social

OPINION OBRERA Y MOVIMIENTO SINDICAL

FERNANDO ECHEVERRIA / Modernización y acción sindical (Introducción) • GUILLERMO CAMPERO / Chile: el movimiento sindical en la transición • OSCAR MAC-CLURE / La acción reivindicativa sindical en Chile • MARIO ALBURQUERQUE / Cómo ayudan las encuestas a responder algunas interrogantes sobre el sindicalismo • FERNANDO ECHEVERRIA / Perfiles del sindicalismo. La opinión de los trabajadores • MANUEL BARRERA / Preocupaciones intelectuales de trabajadores de base sobre historia del movimiento obrero. Motivaciones y expresión • MARIO ALBURQUERQUE, FERNANDO ECHEVERRIA, OSCAR MAC-CLURE, EUGENIO TIRONI / La acción sindical en los sectores metalmeccánico y cuprífero • GONZALO FALABELLA / El sindicato en el año 2000: temas, desafíos

COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

SUR
EDICIONES